

PUBLICACIONES *Cinema*

Marta
Eggerth



y
Johannes
Hoesters



en
Concierto
en la *Corte*

CONCIERTO EN LA CORTE

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

DETLEF SIERCK

MÚSICA DE

EDMUND NICK



UNA SUPERPRODUCCIÓN



DISTRIBUIDA POR

ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA
Provenza, 273 **BARCELONA**

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

MARTA EGGERTH

JOHANNES HEESTERS

OTTO TRESSLER

HERBERT HUBNER

HANS RICHTER

V. KUSSEROW

ERNS WALDOW

KURT MEISSEL

ALFRED ABEL

E. JURGENSEN

UNA PRODUCCIÓN EN LA QUE LA DIVA DE LAS
DIVAS NOS DELEITA CON SU VOZ MARAVILLOSA.

TALLERES GRÁFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

Concierto en la Corte

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPÍTULO PRIMERO

El diminuto principado de Imtendingen estaba regido por un príncipe de noble corazón, sentimental y galante, amante de la buena música hasta el punto de haber hecho de ella la única razón de su existencia. Sus cortesanos, que lo adoraban, procuraban dar siempre satisfacción a su inocente capricho, preocupándose mucho más de la salud de los músicos de la orquesta del palacio y de los cantantes que tomaban parte en los conciertos, que de los graves problemas de Estado, que, dicho sea de paso, en el feo y diminuto principado hacía muchísimo tiempo que habían dejado de serlo.

Se acercaba el día solemne del concierto anual, en el que se debería cantar la «Canción de los Recuerdos», llamada así porque estaba estrechamente unida a un recuerdo sentimental de la juventud del príncipe, que había dejado hondas huellas en su corazón. Desde hacía veinte años, invariablemente, en una fecha determinada, se reunía la Corte alrededor de la Orquesta de Cámara de Palacio y la célebre cantante Pizzelli cantaba la famosa canción. Entonces se veía al príncipe escuchar emocionado, con los ojos llenos de lágrimas, y levantarse luego, una vez terminada ésta, para encaminarse a sus habitaciones. Allí permanecía hasta el día siguiente, ajeno a todos los pequeños asuntos de la Corte, sólo con su recuerdo nostálgico y lejano, que la dulce y suave melodía había renovado en su alma.

La noticia de que la cantante Pizzelli se había indisputado repentinamente y no podría tomar parte en el concierto se recibió en Palacio como una catástrofe. En todo el principado no se habría encontrado nadie capaz de sustituirla. No porque fuese la suya una voz maravillosa, sino porque ella era la única cantante *avvaticata* con que contaba el diminuto principado. Su Alteza Serenísima, el bueno y noble príncipe, envió urgentemente al doctor de Palacio para que examinase la laringe de la Pizzelli.

Olga Pizzelli era la mujer caprichosa por excelencia. Hacía muchos años que no salía del principado, tal vez porque en ninguna otra parte le habrían hecho el menor caso. No era ni muy bella ni muy buena cantante; pero, a fuerza de entonar aquella canción célebre, había logrado cantarla con clara maestría.

Otros motivos de índole sentimental la retenían en Immendingen. Olga tenía un corazón grande y magnánimo. Los Húsares de la Guardia de Palacio habrían podido atestiguarlo. Uno a uno habían ido ocupando un rincón en su corazón. Ahora le había tocado el turno a uno de los más jóvenes y apuestos oficiales, que, cansado al poco tiempo de su capricho, había abandonado cruelísimamente a la Pizzelli. Cada vez que Olga sufría un fracaso sentimental, su garganta se resentía terriblemente. He aquí por qué sus laringitis eran tan frecuentes. El descalabro había sido tan fuerte esta vez, que la afonía había tomado proporciones desmesuradas. Era imposible contar con su colaboración en el concierto.

Este fué al menos el diagnóstico del doctor cuando se presentó ante el príncipe, después de haber visitado a Olga.

Pero el concierto no podía ser aplazado. Era un capricho del príncipe que se celebrase cada año en un día determinado; lleno de recuerdos para él. Se hacía de todo punto indispensable buscar otra cantante. Von Arnegg, el primer ministro, decidió mandar un correo a Munich, en busca de la Belotti, una joven cantante italiana, cuya fama había llegado hasta aquel rincón del principado de Immendingen.

La hermosa carretela, tirada por cuatro caballos, que iba a Munich en busca de la substituta de la Pizzelli se cruzó en la misma frontera con la diligencia que venía precisamente de la misma ciudad alemana, detenida allí, en espera de que le diesen la entrada al diminuto principado de Immendingen.

¿Quién era aquella hermosísima rubia que, asomando su linda cabecita por la ventanilla de la diligencia, pretendía llamar la atención de los dos apuestos húsares encargados de la vigilancia de la frontera?

Walter von Arnegg, uno de los húsares, hijo del gran mariscal von Arnegg, el hombre de confianza de Su Alteza Serenísima, corrió al encuentro de la recién llegada y la ayudó a descender del carruaje, acompañándola galantemente a la Aduana. Pronto su amigo, el teniente Florian Shiwalbe, se creyó también obligado a registrar el equipaje de la gentil rubita. Pasó el tiempo, llegó el momento de que partiera de nuevo la diligencia, y el otro viajero, único compañero de viaje de la dama, todavía permanecía en el carruaje en espera de que los empleados terminaran con la rubita y se dispusieran a registrar su equipaje. Se trataba de un personaje importante. Nada menos que del Sr. Zunder, viajante en corsés de señora. Iba a Immendingen trayendo en sus maletas los últimos modelos de corsés que hacían furor en París. Había hecho un largo viaje para encontrarse ahora, casi al final del mismo, postergado por una desconocida, quien, con sus artes de coquetería, estaba estrechando más de la cuenta a aquel par de húsares encargados de la vigilancia de la frontera.

En efecto, cuando la viajera, que dijo llamarse Cristina Holm e ir a Immendingen por asuntos particulares, hubo terminado sus coloquios con los húsares y el infatigable viajante pudo al fin abrir sus maletas para que fuesen revisadas, la diligencia se puso de nuevo en marcha, llevando hacia la capital de Immendingen, como único viajero, a la rubia y graciosa Cristina, y dejando en tierra al Sr. Zunder, no sin que éste hubiera constatar su protesta a grito pelado.

Como si esto fuera poco, Cristina, al llegar a la ciudad, acordándose de que uno de los apuestos husares, el llamado von Arnegg, le había recomendado la fonda llamada «La Cruz de Oro», se hizo conducir allí. El fondista había reservado ya una habitación para Zunder, pero al ver que éste no llegaba en la diligencia, creyó que no vendría y se la cedió a Cristina.

La gentil forastera, feliz de haber llegado al término de su largo y penoso viaje, se quitó el vestido, lavóse su cara, cuello y brazos, entonando una canción lindísima, con una voz más linda todavía. Se puso un traje vaporoso, y salió al balcón en el preciso instante en que el famoso viajante en corsets, llegaba a la fonda en un coche particular que había alquilado. La indignación de éste al ver que el fondista había cedido su habitación a la causante de todos sus males fué tan grande, que, ciego de ira, sin saber lo que hacía, empezó a insultarla, llamándola coqueta, intrigante y otras lindes. Se agrupó la gente alrededor del envergumento, y éste, envalentonado y rencoroso, subió el tono de sus insultos, atreviéndose a tachar a la recién llegada de mujer galante. En aquel preciso momento llegaba Walter, que no sabemos por qué se había sentido tentado de regresar repentinamente a Immendingen, y al oír los insultos de Zunder descendió del caballo y lo apostrofó indignado.

—¿Quién es usted, renacuajo, para insultar a una señorita?

—¿Y usted, quién es? —chilló el otro, hecho un basilisco—. ¿Qué derecho tiene para interrogarme?

—Soy... soy el prometido de esta señorita —mintió Walter, con un aplomo admirable.

Los curiosos ciudadanos de Immendingen, que conocían muy bien al hijo del mariscal von Arnegg, primer ministro del principado, se miraron unos a otros asombrados. Las mujeres cuchichearon en voz baja, mientras Zunder y Walter parecían dispuestos a llegar a las manos.

En aquel momento la inocente causante de aquel tumulto apareció en la puerta de la fonda. Descendió gentilmente por la escalinata, llegó hasta el grupo de

curiosos, saludó a todos con una ligera inclinación de cabeza, y, tomando del brazo a Walter como si fuera la cosa más natural del mundo, le dijo, sonriendo:

—Walter querido, ¿quieres llevarme a ver los jardines de palacio? Me han dicho que son lindísimos.

Y así terminó el allereado de un grosero e impertinente viajante en corsets de señora y el husar más apuesto del feliz y diminuto principado de Immendingen.

Un momento después, Cristina y Walter paseaban románticamente por los jardines del palacio de su Alteza Serenísima.

Hacia una mañana espléndida. Una mañana de mayo, llena de sol, de perfumes, de encanto. Cristina y Walter eran jóvenes, guapos, atractivos, simpatísimos. Habría sido pedir demasiado pretender que Cupido no hiciera de las suyas. La sombra del dios alado les acompañó constantemente en aquel paseo, y cuando más confiados estaban disparó sus flechas. He aquí porque dos criaturas que unas horas antes no se habían visto nunca empujaban a decirse todas estas sublimes tonterías que acostumbra a decirse todos los enamorados desde Adán y Eva hasta nuestros días.

—Amor mío, vida mía, encanto, cielo, ¡no puedo vivir sin ti!...

Pero como Cristina tenía una voz encantadora y Walter habría podido ser un tenor magnífico no se les ocurrió otra cosa mejor que decirse cantando, con gran regocijo de las estatuas que poblaban el jardín, faunos y ninfas, dioses y sátiros, que les contemplaban con una mirada benévola y comprensiva cada vez que pasaban por su lado.

Pronto empezaron las confidencias. Cristina le contó el motivo de su viaje a Immendingen. Se trataba nada menos que de un caso de investigación de paternidad. Sí; ella había sabido, al morir su madre, que su padre no era el que figuraba como tal, sino otro muy distinto. Un extranjero, un súbdito del principado de Immendingen, que al parecer era un personaje muy alto, muy alto... Su madre había sido una gran cantante de ópera de nacionalidad italiana, casada con un alemán. Se

llamaba Lina Cavalleri, era morena tanto como su hija rubia, y, sin embargo, deseosa de conocer a su verdadero progenitor había venido al principado, dispuesta a aclarar el misterio de su nacimiento.

Cuando Cristina y Walter regresaron a sus respectivos dormitorios, ya se habían jurado amor eterno por lo menos cien veces. La culpa de todo aquello la tenía la primavera, la belleza del jardín del palacio, su juventud y Cupido, que se había metido de por medio.

CAPITULO II

El rastreador y rencoroso Zunder no había perdonado a Cristina el mal que inconscientemente le hiciera. Había decidido difamarla y estaba cumpliendo a conciencia su cometido. La señora del chambelán de palacio, la mujer más elegante de Innendingen, su mejor clienta quedaba enterada ya de la llegada a Innendingen de una mujer galante que venía de Munich, que se titulaba prometida de Walter von Arnegg. Todo esto se lo contaba el cascarrubias de Zunder, convertido, por obra y gracia del negocio, en el más galante y rendido de los caballeros, mientras su clienta se probaba el corsé, último grito de la moda, que había traído de París expresamente para ella.

Entre tanto, en los jardines del palacio, con la bondadosa aquiescencia de Su Alteza Serenísima, un extraño señor, mezcla de charlatan y tsumatargo, que acababa de llegar a Innendingen, había reunido a su alrededor a los personajes más conspicuos de la Corte y estaba tratando de embaucarlos para que se dejasen hacer una cosa que él llamaba pomposamente fotografías y que los cortesanos del diminuto principado no sabían a ciencia cierta lo que era. Habían oído hablar de un gran descubrimiento, mediante el cual, para ver reproducida su efigie, no deberían en adelante pasar horas y horas pasando ante el pintor de retratos, pero no sabían nada más.

El arte de la fotografía estaba entonces en pañales, y aquel hombre era el primer emisario que el mundo



La simpática cantante se persanó en la humilde bahareilla del poeta.



Cristina recibió, esta vez, del Mariscal Von Arnegg las máximas atenciones.

enviaba a aquel olvidado y feliz rincón de la tierra, con el nuevo aparato que acababa de inventar la diabólica ciencia de los hombres.

El mariscal von Arnegg fué el primer cortesano que dió el ejemplo de serenidad y valor, colocándose valientemente frente al misterioso artefacto y sometiéndose de buen grado a una prueba que muchos conceptuaban peligrosa.

He aquí que se hallaba ahora sentado en una silla especial, con el cuello muy tieso, sufriendo con cristiana resignación las molestias que le imponía el fotógrafo antes de decidirse a sacarle la famosa fotografía, buscando una pose que fuese digna de un señor de tal alto rango como von Arnegg.

Cuando más encorvado estaba el hombre y el fotógrafo se disponía a finalizar su trabajo, la señora del chambelán, que había terminado de probarse todos los corsets que Zunder traía en su maleta, se acercó a von Arnegg, y, sin hacer caso de las protestas del fotógrafo, que le pedía que se hiciera a un lado, le contó al oído lo que el viajante acababa de decirle, referente a su hijo y a la mujer galante que acababa de llegar a Immendingen...

La cara que puso el digno mariscal von Arnegg, primer ministro, caballero de la Orden de San Pancracio, no es para describir. En los archivos del palacio de Immendingen puede verse todavía una vieja fotografía del personaje más elegante que todas las descripciones que pudieran hacerse sobre el particular.

CAPITULO III

El único documento que poseía la gentil Cristina Holm para descubrir la identidad de su misterioso progenitor era una canción, que, para colmo de males, era de un autor anónimo. Sólo la letra, sentimental y romántica, estaba escrita por un tal Knips, poeta de Immendingen, y a él decidió acudir Cristina para dar comienzo a sus investigaciones.

Knips era muy conocido en Immendingen. Pronto supo Cristina su domicilio, y allí se encaminó dispuesta a interrogarle con la esperanza de que él le diera alguna luz sobre el asunto. Había venido al principado para conocer la verdadera personalidad de su padre y no se iría sin haberlo conseguido.

Knips era la mejor confirmación del amargo aforismo según el cual nadie es profeta en su tierra. En cualquier otro país habría logrado tal vez cosechar fama y dinero con sus musas, pero en su suelo patrio no había conseguido otra cosa que atrapar un fuerte resfriado todos los inviernos a consecuencia del intenso frío que reinaba en su humilde buhardilla. En aquel momento se hallaba en cama, víctima de uno de ellos, a pesar de ser ya primavera. Una cama vieja, un sillón desvencijado, una mesa coja constituían su único mobiliario. Afortunadamente, las musas no le tienen miedo a la miseria, porque venían muy amenudo a soplarle al oído aquellos maravillosos versos que luego los amantes de Immendingen se repetían uno al otro en sus paseos de enamorados.

Carl, el asistente de Walter, era su mejor cliente. Lo más gracioso del caso es que su novia, la rubia Ana, acudía también con harta frecuencia a casa de Knips en busca de versos amorosos, pagados a ínfimo precio, que luego repetía a su galán como si fuesen suyos. Así se engañaban mutuamente aquel par de bobalicones enamorados, creyéndose transportados al Parnaso, mientras esperaban el momento de unir sus vidas para siempre y dejarse de poesías para dedicarse a las prosaicas faenas domésticas.

Salió la novia de Carl, con sus rimas que acababa de adquirir por poco precio, y Knips, que se disponía a descansar un ratito más, se vió sorprendido por la llegada de una gentil desconocida, rubia como el oro, quien, después de dedicarle la más seductora de sus sonrisas, preguntó por un tal Knips.

—Está usted hablando con él, señorita —replicó el poeta, incorporándose en la cama y mirando embobado a la recién llegada.

Un minuto después, ésta le había puesto al corriente de lo que deseaba. En efecto, Knips era el verdadero autor de la letra de la canción famosa, aquella canción que cada año, invariablemente, Su Alteza Serenísima, el noble príncipe de Immendingen, hacía cantar en el Concierto de palacio...

—Sí, señorita. Esta letra fué compuesta por mí, hace muchos años. Cuando yo era todavía joven y no me veía reducido a esta triste condición de poeta de asistentes y campesinas. Entonces yo asistía a las fiestas de palacio.

—¿Y dónde se estrenó esta canción que mi madre me enseñó y me hacía cantar tantas veces de pequeña?

Cristina tarareó los primeros compases de la «Canción del Recuerdo». Knips, maravillado, sugestionado por el encanto de la melodía que le traía el recuerdo de tiempos pasados, se acercó al piano —un piano desvencijado que constituía el complemento de su mobiliario— y empezó a acompañarla. Cristina cantó, ¡y de qué manera! ¿Es que acaso ninguna profesional del canto, incluyendo la famosa Pizzeil, habría podido cantarla mejor? La voz fresca, juvenil, cálida, perfectamente modulada de la gentil muchacha llenó de dulces melodías la humilde buhardilla del poeta. Cuando Cristina terminó el pobre hombre se enjugó una lágrima indiscreta que asomaba a sus ojos. Profundamente emocionado, se levantó, se acercó a un cuadro que adornaba la desnuda pared del cuarto, en el que estaba reproducida una escena figurando una noche de fiesta en palacio, y señaló con su dedo la figura de una mujer que se destacaba en el fondo del cuadro. Aquella mujer era una cantante famosa, que veinte años antes había estrenado la canción que ahora acababa de entonar Cristina. Aquel joven príncipe que, sentado en su trono, rodeado de las damas y caballeros de la Corte, parecía escuchar en éxtasis, era Su Alteza Serenísima, el ahora noble y simpático anciano Señor de Immendingen... ¡Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces! Aquella figura exquisita de la cantante, había desaparecido para siempre. Ya nunca su voz volvería a encantar al mundo como en aquella época famosa y deslumbradora de la juventud de Knips, cuando el príncipe,

joven y galante, traía a su Corte a los mejores artistas del mundo, pagándoles a precio de oro... Aquella cantante se llamaba Lina Cavalleri y era, en una palabra, la madre de Cristina.

—¿Entonces, es usted la hija de la gran cantante italiana? —preguntó Knips, que había comprendido.

—Sí. Mi madre murió hace algunos años. Se había retirado casi por completo del teatro. Se había casado con un hombre muy bueno, que la quería mucho, pero al morir me contó que antes de casarse había tenido un amor, un gran amor, y que yo era el fruto de éste. Ella me había hablado muchas veces de Immendingen, con gran entusiasmo, como si se tratase de un Paraíso. Y cuando yo le preguntaba si le gustaría volver, se le llenaban los ojos de lágrimas. He venido a usted para que me ayude a descubrir el misterio de mi nacimiento. Estoy sola en el mundo, y quiero conocer a mi padre. Yo sé que está en Immendingen, y no me tré de aquí sin... En fin, usted ya me comprende.

—Hija mía, yo no puedo decirle más que una cosa, y es que usted es hija de los amores de su madre con un gran personaje de Immendingen.

—Esto ya lo sabía, o por lo menos, ya lo sospechaba.

—Vaya usted a ver al mariscal von Arnegg. Él se decidirá tal vez a descorrer el velo del misterio que encubre su nacimiento... —aconsejó Knips.

Cristina agradeció el consejo y se dispuso a marchar, convencida de que el poeta de Immendingen no podía, o no quería, sacarla de dudas. Estaba decidida a todo, hasta a entrevistarse con el príncipe para lograr lo que quería. Tendió la mano a Knips, que la besó galantemente, olvidado por un instante de su misera condición de muerto de hambre, y salió dispuesta a ir al encuentro del mariscal von Arnegg.

Precisamente en aquel mismo momento el padre de Walter, ajeno a los propósitos que bullían en la gentil cabecita de Cristina, se disponía a firmar la orden de expulsión de la misma. Se había enterado detalladamente de las circunstancias que mediaron en la llegada de la viajera a Immendingen, conocía el entusiasmo de su hijo

demostrado desde el primer momento, las afirmaciones del mismo ante el grupo de la posada, cuando Zander había empezado a insultar a la recién llegada, su paseo con ella por las frondosas avenidas del jardín de palacio. Este último detalle fué el que más inquietó al muy noble señor von Arnegg. También él había sido joven, también él había tenido veinte años como su hijo y sabía lo peligroso que resultaba aquel jardín para los hombres jóvenes y enamoradizos. ¡Como que en él había logrado arrancarle la que fué luego su mujer, la declaración de amor que luego no le había quedado otro recurso que sostener atándole para siempre al yugo del matrimonio! No, no. Que su hijo se casase, emborabuena; pero no con una desconocida, que había venido a Immendingen nada menos que a una misión tan delicada como la de investigación de paternidad.

El coronel Plumm fué el encargado de poner muy elegantemente a Cristina en la frontera de Immendingen, con el ruego de que no volviera a pisar el territorio del principado. Era, ciertamente, un encarguito bastante desagradable, que Plumm se dispuso a cumplir resignadamente.

Pero no contaba von Arnegg con el travieso dios Cupido. Su hijo se había enamorado como un doctrino de la misteriosa viajera, que para él era clara y diáfana como el agua. No, no había ningún misterio en su vida como no fuera el de su nacimiento, y de éste no tenía la culpa la pobre muchacha. Dos días de conocerla le habían bastado para convencerse de que era no solamente la más linda de las mujeres que había conocido, sino también la más buena. Sí, Cristina Holm, o como quiera que se llamase, era digna del amor de un hombre como él. Enterado ahora de que se pretendía cometer con ella una arbitrariedad inconcebible, puesto que expulsarla de Immendingen era rebajarla al nivel de una mujer indeseable, se dispuso a remediar en lo posible la ofensa que querían inferirle... y se las compuso de manera que fuera él, y no el coronel Plumm, el encargado de poner ade patillas en la calle a la rubia compañera de los instantes más felices de su vida.

La indignación de Cristina cuando se vió en la carreta que, obedeciendo órdenes superiores, debía conducir a la frontera, no tuvo límites. ¡Expulsarla a ella, a Cristina Holm, a una mujer honrada como la dama más ennoblecida de la Corte de Inmendingen! ¡Qué se habían creído aquella gente! Presa de la mayor indignación empezó a soltar graciosos improperios y hasta alguna palabra fuerte. Por suerte estaba allí, a su lado, el pijo de Walter para cerrarle la boca con un beso...

Cuando llegaron a la frontera de Inmendingen, el lugar en donde pocos días antes se habían conocido y empezado su idilio, los dos enamorados se habían jurado amor eterno por lo menos doscientas veces. Walter le había prometido ir a buscarla a Munich, casarse con ella aunque tuviese que indisponerse con su padre y con toda la Corte de Inmendingen. Ella, por su parte, le había jurado y perjurado que no había amado nunca a nadie más que a él —cosa que era una verdad como un templo—. En fin, se habían dicho todo lo que tenían que decirse, acompañado de abrazos, besos, lágrimas y suspiros. Ahora había llegado el momento de decirse adiós... No, no, adiós no; hasta luego, porque pronto, muy pronto, volverían a reunirse.

El Destino había querido colocar de nuevo a Cristina ante la carreta que tres días antes había sido enviada a Munich en busca de la cantante que debía substituir a la Pizzelli. El emisario regresaba a Inmendingen, triste y cabizbajo. Aunque pareciera mentira no había sido posible encontrar en Munich ninguna cantante. La Belotti, según le informaron, había partido aquel mismo día con rumbo desconocido, y en cuanto a otras que habrían podido substituirle se hallaban en Berlín terminando la gran temporada de ópera. Las buenas sprimadonnas eran escasas y muy codiciadas.

Se detuvieron ambos carruajes, el que había enviado el príncipe para ir en busca de la cantante, y la diligencia, al borde mismo de la frontera que separaba Inmendingen de Alemania. El emisario del príncipe le contó a Walter lo que sucedía.

—Su Alteza Serenísima tendrá que prescindir de su canción favorita, o, por lo menos, aplazar el concierto hasta que la veterana Pizzelli se haya curado de su mal de amor, digo de su afonía...

Entonces sucedió algo curioso. La rubia y gentil Cristina Holm, que el mariscal von Arnegg expulsaba tan desconsideradamente de Inmendingen, asomó su linda cabecita y, con voz que era como un trino, gritó:

—¡Eh! ¿Ustedes buscan a la Belotti? ¡Aquí está! Soy yo en persona.

—¿Qué está usted diciendo?

—Digo que la Belotti soy yo. Adopte el pseudónimo de Holm para pasar inadvertida, pero me llamo en realidad Cristina Belotti, soy cantante e hija de otra cantante famosa. Si quieren ustedes convencerse de ello, no tengo inconveniente en mostrarles mi verdadero pasaporte.

Y Cristina rompió a cantar una bella romanza. No podía, en realidad, mostrar un pasaporte más elocuente. Walter ya no necesitaba convencerse, porque había tenido ya ocasión de escuchar su linda voz, y, además, cualquier cosa que estuviera dispuesta a decirle Cristina lo habría creído siempre a pies juntillas; pero el emisario de Su Alteza Serenísima necesitaba aquella prueba, que dio el resultado apotestado. Cristina Belotti, la cantante a quien habían ido a buscar a Munich, volvió, pues, con todos los honores a desandar el camino que había hecho un rato antes, en la agradabilísima compañía de Walter y el emisario, quien, galante como buen inmendingués, no cesaba de prodigarle frases amables.

Llegaron a la misma puerta del palacio. Su Alteza Serenísima había destacado las damas más elegantes de la corte y los caballeros más conspicuos para recibir a la cantante. Esta se apeó del carruaje, tendió gentilmente la mano al mariscal von Arnegg, que se había adelantado a su encuentro, y le dijo amablemente:

—Gracias, mariscal, por vuestra cordialísima acogida. No esperaba tanto de vos, después de haberme puesto tan elegantemente en la frontera.

Y como éste, que no conocía a Cristina y no sabía

a ciencia cierta a lo que ella aludía, le miraba extrañado, prosiguió:

—Sí; soy la prima donna Belotti, que, con el pseudónimo de Cristina Holm, entró hace pocos días en el principado de Innendingen, creyendo encontrar en él la acogida que en otros tiempos encontró una persona que me era muy querida...

Soltó una carcajada, una carcajada fresca y cordial, que desarmó por completo a von Arnegg. Era un hombre maduro ya, pero en sus buenos tiempos había sido un joven galante y apasionado como su hijo, y al ver a Cristina comprendió que, de haber tenido veinte años, habría cometido las mismas tonterías que al parecer había cometido su vástago. De todos modos, la presencia de Cristina no dejaba de inquietarle.

CAPÍTULO IV

Aquella noche, Su Alteza Serenísima había organizado una cena íntima en honor de la nueva cantante, a la que él asistiría personalmente.

Para Su Alteza Serenísima la llegada de una nueva cantante joven y bella a su minúscula Corte era un acontecimiento mucho más extraordinario que la llegada de cualquier primer ministro y hasta nos atreveríamos a decir la de cualquier magnate extranjero. Toda su vida había sido un sedador, sentimental amante de las bellas artes, y no era cosa de pretender que cambiara a sus años. Su pasado amoroso estaba íntimamente ligado al recuerdo de una artista, joven y hermosa, que llegara un día a la Corte de Innendingen, para partir al poco tiempo, llevándose lo mejor del alma del príncipe. Por eso, Cristina Belotti iba a ser objeto de la acogida más cordial y apasionada que habría podido figurarse.

No le intimidó en absoluto la vista del príncipe. Era tal como ella se lo había imaginado, con su hermoso cabello blanco, su porte de gran señor, su rostro de facciones correctas, sus ojos tristes, de mirada bondadosa

y comprensiva. Desde el primer momento, la había dedicado una atención especialísima. Para ella fueron las frases más galantes, más dulces y más atentas que pronunció en toda la noche. La miraba intensamente, con una mirada honda, y a veces fruncía levemente el entrecejo, como si hiciera un esfuerzo para recordar... ¿Recordar qué? ¿Acaso el rostro de Cristina despertaba algún recuerdo dormido en el fondo de su alma?

—Juraría que la he visto a usted otra vez, no sé dónde ni cuando, pero su rostro no me es desconocido —le dijo, al fin, como si quisiera disculparse.

Estaban cenando. Los comensales eran en número reducido, pero lo más selecto de la Corte. No podía faltar, por tanto, von Arnegg; pero, en cambio, faltaba Walter. No porque no fuera digno de contarse entre la distinguidísima concurrencia, sino porque su severo padre había dado la no menos severa orden de que permaneciese arrestado, por haber acompañado a la cantante... hasta que ella, terminado el concierto, saliera de Innendingen. Era una medida de precaución que él estimaba conveniente, sobre todo después de haber visto la belleza de la prima donna...

Cristina sonrió, y, mirando al príncipe con sus ojos, intensamente azules, repuso:

—Tal vez en Berlín, o en Munich, en el teatro de la Opera...

—Señorita, hace mucho tiempo que no salgo de mi principado. Mis achaques y los asuntos de la Corte me lo impiden. No obstante, yo insisto en que su rostro no me es desconocido.

—Tal vez le recuerde otro parecido. Porque yo no he estado nunca en Innendingen antes de ahora...

—Entonces será cosa de que mañana le mostremos las bellezas de nuestra tierra. Son pocas, pero buenas. Por ejemplo, el jardín del palacio es uno de los más hermosos del mundo.

—Sí, ya lo conozco —repuso Cristina, sedadora, recordando el paseo aquel bajo los frondosos árboles, junto a Walter.

—Pero enseguida, al darse cuenta de su clausura, rectificó:

—Sí, lo conozco por haberlo visto en el momento de llegar. Claro está que ha sido sólo la perspectiva general. Mañana tendré mucho gusto en recorrerlo...

Al día siguiente, por la mañana, Cristina, aconsejada por Knips, el poeta, se encaminó al Registro Civil de la ciudad, dispuesta a desentrañar el misterio de su nacimiento. Sabía que había nacido en Immendingen, porque su madre, antes de morir, se lo había confesado. Entonces, el acta de su nacimiento constaría en los archivos del Registro Civil de la capital del principado.

La recibieron unos señores burócratas, muy serios y muy aburridos, quienes, al oír el nombre de «Cavalleri» que dio Cristina para identificar a su madre, se miraron unos a otros aterrados, y, después de deliberar entre sí, decidieron hablar. Debió ser muy importante lo que tenían que comunicarle, porque al hacerlo adoptaron, sin darse cuenta, una actitud de misterio.

—Si la señorita es hija de la cantante Lina Cavalleri, que nos visitó hace veinte años, sentimos tener que decirle que el acta de su nacimiento no obra en nuestros archivos, porque fue retirada por órdenes superiores.

Y compadecidos, sin duda, al ver la expresión de tristeza que se pintó en el rostro de Cristina, la aconsejaron:

—¿Por qué no va usted a ver al mariscal von Arnegg? Él fue quien hizo rescatar el acta de nacimiento que usted desea...

Estas palabras inquietaron a Cristina. ¿Qué tenía que ver el padre de su Walter con su nacimiento? Su madre le había dicho que su progenitor era un hombre de rango muy elevado de la Corte de Immendingen... Una sospecha atravesó su mente, pero la rechazó enseguida. No, no era posible. Ella amaba entrañablemente a Walter. No podía ser que...

Desoída de desvanecer la sospecha que la atormentaba acudió a palacio. Iba dispuesta a tener una entrevista con von Arnegg, aunque se hundiera el mundo. Si éste se negaba a recibirla armaría un escándalo que no

olvidaría jamás la pacífica Corte de Immendingen. Ya era bastante que von Arnegg le hubiese quitado a su Walter, arrestandolo indebidamente. Acaso aquella orden había sido dada porque...

Otra vez la sospecha atenazó el corazón de Cristina. ¡Dios mío, que no fuese verdad, que no fuese verdad, aquello que empezaba a forjar su mente!...

El mariscal von Arnegg no tuvo ningún inconveniente en atender a Cristina Belotti. Al contrario, la hizo pasar inmediatamente, sin obligarla a hacer antesala, costumbre de la que no puede prescindir jamás un ministro que se estime un poco. Fue amablemente a su encuentro, sin olvidar, empero, su empaque de gran personaje, y le señaló, con un gesto, una silla. Cristina se sentó. Ella, tan dueña de sí misma la noche anterior, durante la cena de palacio, temblaba ahora de pies a cabeza sin saber por qué.

Ayer no la había intimidado para nada el severo mariscal, a pesar de saber que no le profesaba ningún afecto. Ahora, en cambio, la intimidaba tanto, que apenas si se atrevía a mirarlo. Al fin, sus miradas se encontraron, y von Arnegg bajó la suya avergonzado. En aquel momento acababa de tener conciencia de la injusticia que había cometido con aquella gentil y joven forastera que había ido a Immendingen por un asunto que afectaba sus sentimientos, recibiendo un trato tan inconveniente de parte de una persona que habría debido tener con ella toda clase de consideraciones por tratarse de una forastera ilustre. Había dado pábulo a las habladerías de una señora desocupada, quien, a su vez, las había oído de boca de un vulgar fabricante de corsés. No era, ciertamente, una faena digna de un primer ministro.

Cristina rompió a hablar, y lo que dijo, en lugar de tranquilizar a von Arnegg, le avergonzó todavía mucho más. Sabía el motivo que la había traído a Immendingen, pero no algunos detalles complementarios que ahora ella le daba.

—He venido a Immendingen dispuesta a encontrar a mi padre. Mi madre, antes de morir, me dio este encargo, y yo he de cumplirlo por estimarlo cosa sagrada.

Me dijo llorando: «Cuando yo haya muerto, tráas a Immenndingen. Tu padre vive allí. Perdóname, hija mía, que hasta hoy te haya ocultado la verdad de tu nacimiento. Eres el fruto de mis amores con el hombre que he querido con toda mi alma. Fui muy feliz con él, pero nos separaban muchas cosas... El era...» No pudo terminar, pero yo juré cumplir su deseo. Por eso estoy aquí, por eso vine a Immenndingen. No creo que sea ningún crimen venir en busca de mi padre. Mi madre se llamaba Lina Cavalleri. Fue ella quien estrenó la canción que el príncipe gusta tanto de oír...

Se detuvo al ver que von Arnegg la miraba, la miraba con una expresión extraña en sus ojos grises y apagados. Los de Cristina estaban brillantes por las lágrimas. Von Arnegg se levantó, se acercó a Cristina, siguió mirándola siempre, como sugestionado, hasta que la sospecha que anidaba en su corazón volvió a atormentarla. ¿Por qué acercaba su rostro al de ella como si quisiera besarla? ¿Por qué sus labios se movían como si quisiera decir «hija mía»? ¡Santo cielo! ¿Entonces, era verdad? El gran personaje a que aludía su madre era el mariscal von Arnegg, de la Corte de Immenndingen? El padre de Walter...

Von Arnegg no pronunció la palabra que Cristina tanto temía. Pareció serenarse, se alejó un poco, y luego, con voz grave y triste, le dijo:

—Señorita, su padre vive, en realidad, en Immenndingen. En efecto, un alto personaje, tan alto, que mis labios se resisten a pronunciar su nombre. Yo le ruego, por la tranquilidad del hombre que quiso tanto a su madre, que renuncie usted a querer aclarar el misterio de su nacimiento. Hágalo, si no por él, por la memoria querida de la mujer que le quiso tanto, tanto, que renunció a su felicidad para no ser un conflicto en su vida...

Cristina se levantó. Ella y von Arnegg no tenían ya nada que decirse. ¿Acaso no se lo habían dicho todo? ¿Acaso sus sospechas no se habían confirmado? ¿Para qué permanecer allí ni un instante más, si sentía que había llegado ya al límite de sus fuerzas? Se levantó,

a duras penas, y, haciendo un esfuerzo por mostrarse serena, se encaminó a la puerta de salida. Allí se detuvo para tender la mano a von Arnegg, quien se la besó largamente y respetuosamente, como si quisiera pedirle perdón por el mal que le había hecho, y salió de palacio con la muerte en el alma.

CAPÍTULO V

Walter, que había tenido que soportar a regañadientes la arbitraria orden de arresto que había dictado su padre contra él, no estaba dispuesto a dejarse atropellar impunemente, y mucho menos, a ver transcurrir tranquilamente las horas que Cristina permanecería en la Corte, sin intentar algo para burlar la orden de su progenitor. Y como la juventud tiene arreos y desenvoltura para lograr todo lo que se propone, he aquí que ahora lo encontramos, no sólo fuera del calabozo, en donde le había hecho encerrar su padre para evitar que viera a su adorada Cristina, sino también en el mismo jardín de palacio, substituyendo a su ordenanza, que estaba de guardia, y esperando que Cristina saliera de las habitaciones de su padre, a donde, según le habían comunicado, se había dirigido una hora antes, en demanda de que se le concediera una audiencia. Conocía el carácter de su novia y no le cabía la menor duda de que había solicitado aquella audiencia al autor de sus días para decirle cuatro verdades, que, dicho sea de paso, él reputaba como muy merecidas. Se alegraba en su fuero interno pensando en la cara que pondría su padre, cuando vio llegar a Cristina con los ojos llenos de lágrimas y el rostro demudado. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso su señor padre, olvidado de las reglas más elementales de la educación, se había atrevido a molestarla con alguna palabra inconveniente?

Llegó Cristina, y Walter, que se hallaba medio escondido en la caseta del centinela, salió a su encuentro, y, cogiéndola por el tallo, acercó su rostro al de ella para darle un beso, mientras le decía con voz dulce:

—Cristina, chiquilla mía, ¡aquí estoy! Soy Walter, tu Walter...

Pero Cristina, esquivando el rostro a la caricia, murmuró con voz apagada:

—No, Walter, no; es imposible. Déjame, déjame, no me hagas sufrir más. Suéltame, por Dios, ¡no me beses!...

Aquella actitud incomprensible de su novia exasperó al joven. Ahora no le cubía la menor duda de que su padre era el único culpable de la actitud de la cantante. Con sus malas artes de elocuencia había logrado convencerla de la imposibilidad de su boda. ¡Ah, no, eso sí que no! El estaba dispuesto a atropellar todos los obstáculos que se interpusieran en su camino, con tal de casarse con su adorada Cristina. La retenía ahora prisionera en sus brazos, sin hacer caso de las protestas de ella, y sólo cuando ésta, haciendo un esfuerzo violento, logró desasirse, abandonó él su actitud cariñosa para mostrarse casi enojado.

—Está bien, está bien. Te suelto ahora, pero luego hablaremos. Esto no puede quedar así.

—Walter —le dijo entonces Cristina, llorando amargamente—, Walter, tú y yo somos...

No pudo terminar la frase, y, sin que esta vez él hiciera ningún movimiento para detenerla, se alejó, lentamente, con la muerte en el alma.

Todo estaba preparado para el concierto de aquella noche en la Corte de Imendingen. Su Alteza Serenísima, vivamente emocionado, no había sido capaz de despachar aquel día ningún asunto urgente. Le habrían dicho que las tropas de un país enemigo acababan de entrar en Imendingen y lo único que habría hecho habría sido pedir que aplazasen por veinticuatro horas su entrada a la capital. Tan grande, tan profundo era el interés que cada año se despertaba en el corazón del príncipe por la celebración de aquel concierto...

Pero a última hora había surgido un gravísimo inconveniente. La Pizzelli, repentinamente curada de su afección, pretendía ser ella la que actuará. Sobre la curación de su afección había habido mucho que decir, porque el doctor que acudió a ver de nuevo su laringe afirmó, en

su calidad de galeno, que no daba dos cuartos por ella y que si pretendía cantar, lo único que haría sería soltar unas docenas de gallos. En vista de lo cual habían decidido no tomar en cuenta sus afirmaciones y prescindir de ella para el concierto. Pero ésta, vengativa y rencorosa, estaba a punto de crear un conflicto tremendo. Nada menos que había quemado la partitura de la famosa «Canción del Recuerdo», que debía cantar la Belotti, y esto significaba un gravísimo inconveniente. Se hacía necesario confiar en las dotes musicales de ésta para que, escuchando unas cuantas veces la canción tocada por los músicos, llegase a cantarla de oído.

La Pizzelli estaba fuera de sí viéndose obligada a ceder por vez primera su puesto a una artista forastera. Se consolaba, sin embargo, al pensar que ésta no podría aprender la célebre canción, con lo que obligadamente habría de ser ella la que se presentara en el concierto. Y es que no podía suponer, naturalmente, que la Belotti conociera y cantara desde la niñez una canción, que se parecía a la de la historia como una gota de agua a otra gota de agua.

El director de la pequeña orquesta de Cámara ni había sido nunca un Toscanini, ni se había cuidado de llegar a serlo. Pero tampoco podía decirse que no cumpliera su cometido con la máxima eficiencia y buena voluntad. Su único defecto era el de creerse compositor de música, y esto sí que era un poco exagerado. Aquel día se presentó en el ensayo con la pretensión de que había compuesto una canción digna de parangonarse con la ya famosa del recuerdo, y dispuesto a que la nueva cantante la cantase en el concierto. Aquella era la música más ratonera que habían oído en toda su vida. Menos mal que ninguno estaba dispuesto a tomarlo en serio.

¿Qué hacía entre tanto la gentil Cristina? Llorar, llorar y llorar, mientras se preparaba para el concierto.

Su entrevista con von Arnegg la había sumido en un mar de dudas y de confusiones, en las que naufragaba su pobre cabecita. ¿Eran o no eran ciertas las sospechas que la actitud de éste habían hecho nacer en su ánimo? ¿Eran o no ciertas? Se preguntaba esto una y otra vez,

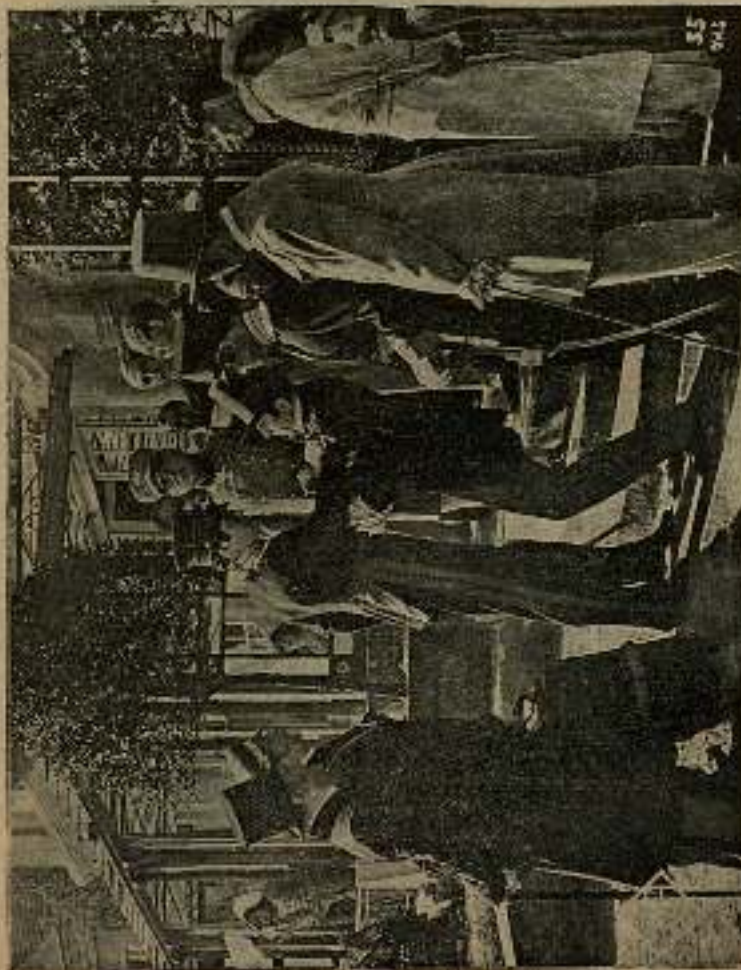
sin acertar a darse a sí misma una respuesta. ¡Si lo fueran! ¡Si von Arnegg fuese el alto personaje de quien su madre le había hablado! ¡Si ella fuese, por lo tanto, fruto de los apasionados amores de la cantante con el primer ministro! Entonces su amor por Walter tendría que evolucionar hasta otro cariño completamente distinto. La pobre Cristina estaba deshecha, moralmente deshecha. Una lucha terrible se estaba librando en su alma. No sabía qué pensar ni qué creer, y si, por un momento, desechaba la idea como absurda e imposible, se sentía inmediatamente dispuesta a aceptarla como lógica y probable. Lo mejor que podía hacer era poner tierra de por medio. ¡Sí, sí, al día siguiente, bien de mañana, terminados ya sus compromisos para el concierto, saldría de Inmendingen para no volver a pisar jamás aquel país de ensueño, aquel lugar de perdición, donde su madre había ido a buscar una dicha brevísima, que luego había pagado con lágrimas de sangre. No, no; ella no quería saber ya nada de Walter von Arnegg ni de su padre, ni del alto personaje que tenía la culpa de su nacimiento. Mejor hubiera sido no haber venido nunca a Inmendingen. Aquel anhelo suyo de conocer a su padre la había perdido. ¡Pobre Cristina, pobre criatura a quien el Destino había puesto ante un dilema horrible!

Su honda pena no la impidió estar en palacio a la hora designada para el ensayo. No sabía a ciencia cierta lo que tendría que cantar, pero no se asustaba. Era una gran artista, y con un sólo ensayo se pondría al corriente.

Llegó al gran salón, en donde se habían congregado los músicos y algunos edilettanti, desechos de oír a la Belotti antes de que se presentara en público. Hasta el principado de Inmendingen había llegado la fama de la joven artista, que el pasado año había cosechado en Berlín uno de los mayores éxitos de su carrera artística. A pesar de su juventud, empezaba a ser conocida en los ambientes musicales de todo el mundo. Le habían llevado los contratos últimamente, pero ella lo había rechazado todo para venir a Inmendingen. Aquel justo



— He venido a Inmendingen a encontrar a mi padre — confesó Cristina.



Walter cogió bruscamente por las solapas a aquel chilamoso isoporituno.

y noble deseo suyo de encontrar a su padre estaba a punto de trastornar para siempre su vida sentimental.

El director de la orquesta estaba desolado ante la noticia de que la Pizzelli había quemado la partitura de la canción. ¿Cómo podría la Belotti, con sólo un ensayo, aprenderla de oído para cantarla con la perfección y el sentimiento requerido?

—Tengo buen oído —repuso Cristina al oír las advertencias del músico—. Tóquela ustedes dos o tres veces y enseguida podré cantarla.

Pero no fué necesario llegar a tanto. Apenas la orquesta inició los primeros compases de la canción, la nueva prima donna empezó a cantarla con mucho más arte y desde luego con muchísimo más sentimiento que la Pizzelli. El director de la orquesta estaba asombrado. ¿Cómo podía la Belotti cantar tan bien aquella canción que apenas si había traspasado las fronteras de Inmendingen? El único ejemplar de ella con la letra del poeta Knips y la música de un compositor de Inmendingen, ya desaparecido, la tenía en su poder la Pizzelli y lo había quemado cruelmente, antes de permitir que otra cantante se la aprendiese.

—Hace muchos años que yo conozco esta canción. Desde que era muy pequeña. Mi madre me la había enseñado. La cantaba siempre, y su mayor felicidad, en los últimos años de su vida, era oírme cantar a mí.

—¿Entonces su madre era también una cantante? —inquirió el director de orquesta.

—Sí, una gran cantante italiana. Se llamaba Cuyalieri.

—La que estrenó la «Canción del Recuerdo», en la Corte. Entonces usted...

—El músico se calló prudentemente, temeroso tal vez de decir demasiado. Terminado el ensayo, se retiraron todos, en espera de la hora designada para el concierto. Cristina se retiró a sus habitaciones. Nunca como entonces comprendía la secreta melancolía que encerraban las dulces notas de la canción. Muchas veces su madre le había dicho que la cantaba con poco sentimiento, con

demasiado brío y exuberancia, cuando, por el contrario, debía ser cantada con entonación triste. Era una canción de amor, pero no de amor logrado y feliz, sino de amor triste y doloroso. Una breve historia en unas cuantas estrofas. El poeta Knips había escrito unos lindos versos que hablaban de adioses desgarradores, de amores imposibles, de despedidas eternas. Pero el músico no se había quedado atrás, y había compuesto la más bella y triste de las melodías. Ahora comprendía Cristina por qué su madre no podía cantarla sin echarse a llorar. Aquella mujer, de belleza cálida y morena, nacida en la Italia meridional, llevaba en su corazón el fuego no extinguido de un amor imposible, que había tenido sus frutos. Cristina veneraba el recuerdo de su madre. La había querido mucho, y su muerte había dejado en su alma un vacío que el arte no podía llenar. Por eso se había embarcado en aquella aventura de ir a Innendingen, no sólo para aclarar el misterio de su nacimiento, sino también para ir en busca de aquel hombre que había estado constantemente en el pensamiento y en el corazón de la Cavalleri.

CAPÍTULO VI

La celebración del concierto en la Corte era un día señalado para Innendingen. Algo así como una fiesta nacional. Su Alteza Serenísima, el príncipe justo y bueno, adorado de su pueblo, así lo deseaba. Las generaciones menores de veinte años, oían contar a sus padres la significación de aquella fiesta. Parece ser que veinte años antes había venido a Innendingen una gran cantante, una mujer de belleza extraordinaria, que había estrenado una canción en honor de los artistas del principado que la habían compuesto expresamente para ella. La famosa prima donna había tenido en Innendingen un éxito apoteósico. Luego, en lugar de partir, una vez terminados sus compromisos artísticos, había permanecido en Innendingen una larga temporada. Las malas lenguas hablaban de sus amores con un alto personaje de la

Corte. Hasta que el anciano príncipe, que entonces regía los destinos del principado, el padre del actual, hombre severo y de una gran austeridad, había decretado la expulsión de la cantante. Después, nada más se había sabido de ella. El heredero había contraído matrimonio con una princesa extranjera. El anciano príncipe había muerto, y su hijo y heredero convino poco después. Desde entonces, año por año, la Corte de Innendingen se reúne alrededor de los músicos de palacio para oír la canción que un día entonara la privilegiada garganta de la Cavalleri. No sabían más los honrados ciudadanos de Innendingen. Sólo unos cuantos cortesanos, los más adictos y cercanos a Su Alteza Serenísima, habrían podido contar el final de la historia.

Se acercaba la hora del concierto. El príncipe se vestía sus mejores galas para asistir a él. Su rostro venerable, surcado por finas arrugas, parecía rejuvenecido. Sus ojos, iluminados por una extraña luz interior, tenían un brillo inusitado. Su Alteza Serenísima era feliz, mucho más feliz que si acabase de conquistar el mundo. Y es que cada año, en aquella fiesta memorable, reconquistaba lo mejor de sí mismo, algo que había perdido para siempre: su juventud, su hermosa juventud, romántica y apasionada, turbulenta y magnífica. Por unas horas olvidaba sus achaques, sus dolores íntimos, sus cabellos blancos, el cruel reuma que atenazaba sus piernas, que le hacía mirar con envidia las jóvenes parejas de bailarinas que en los bailes de palacio danzaban a su alrededor. ¡Cuántos, cuántos recuerdos evocaba en la fiesta anual del concierto de palacio!

El magnífico salón de fiestas, espléndidamente iluminado, empezó a llenarse de invitados. Asistían anualmente al concierto, no solamente los cortesanos habituales, sino también gente que en ninguna otra época del año tenía entrada en palacio: artistas, escritores, músicos, la flor y nata del principado. Estos eran los que en realidad disfrutaban en el concierto, siendo primero la parte de música sinfónica, compuesta de las suaves melodías de Gluck, Mozart, Bach y, al final, la celebre canción. Este

año el concierto tenía el aliciente de la nueva cantante que tomaría parte en el mismo. A decir verdad, los inmen- dingenses estaban ya un poco cansados de la veterana Pizzelli, cuya voz empezaba a resentirse de sus frecuentes ataques de laringitis y tenía cada vez un sonido más casado. En cambio, la Belotti era, según se decía, una cantante joven, bella y con una voz que era un encanto oír. Tres condiciones que no siempre suelen ir juntas en la composición de una prima donna.

Cuando Cristina Belotti subió al estrado y los concurrentes al concierto pudieron verla en todos sus detalles un «¡Oh!» de admiración salió de la garganta de todos ellos. Cristina estaba, en verdad, deslumbradora- mente bella. Su hermoso vestido de brocado, su artístico peinado, sus joyas, todo ello hacía resaltar la auténtica belleza de sus diez y nueve años. Era hermosa, en verdad, pero, ¿respondería su voz a la fama que la había prete- dido? Los espectadores de Berlín, Munich, París y de todas las grandes ciudades que habían admirado su arte, ¿no se habrían dejado cautivar por su belleza más que por su arte? Los artistas de Inmendingen no estaban dispuestos a ser demasiado benévolos con ella. Los vete- ranos recordaban que veinte años antes, otra artista famosa había estrenado aquella canción, cantándola, y ¡de qué modo! Como los mismos ángeles. Por cierto, que en la nueva artista creían encontrar una cierta seme- janza física con aquella inolvidable Cavalleri, apesar de ser dos distintos tipos de mujer, ya que ésta era morena, mientras que la Belotti era rubia como los triguales.

La escena era como una reproducción del cuadro que tenía el poeta Kimpf en su buhardilla, y que Cristina había visto el día en que fué a verlo. Lo único que había cambiado era la pompa principesca. El príncipe no se sentaba en un trono como entonces, si no en una silla, en la primera fila, confundido con los demás cortesanos, teniendo a su derecha al primer ministro y a su izquierda al chambelán.

Llegó el momento solemne. La orquesta preludió los primeros compases de la «Canción del Recuerdo», y en seguida, clara y vibrante, dulce y melancólica, la voz de

la Belotti empezó a entonar. Su Altera Serenísima hizo un gesto de sobresalto. Aquella voz, aquella voz era la misma, exactamente la misma que veinte años antes oyera por primera vez. El mismo tono, la misma modu- lación, el mismo volumen, la misma pastosidad, aquellos agudos claros y vibrantes. El Príncipe cerró los ojos. No estaba ya en la fiesta de palacio, sino solo, solo con sus recuerdos. Los cortesanos que le rodeaban no existían para él. Se veía a sí mismo veinte años antes, escuchando a la Cavalleri. La veía a ella, a su amada Lina, frente a él, cantando la hermosa canción una y otra vez, ante el entusiasmo rendido del auditorio. Y luego seguía des- filando el pasado inolvidable. Su amor por la cantante, apasionadamente correspondido. Los días inolvidables de abandono, de febrilidad... Y más tarde, la realidad dura y amarga. La fría oración de Estados interponién- dose entre él y el objeto de sus amores, cuando éstos estaban a punto de dar fruto. Las rebeliones del que entonces era solamente príncipe heredero, sus amenazas de dejarlo todo, de abandonar Inmendingen para dedi- carse por entero a vivir su novela amorosa con la Cava- lleri, sin importarle ni un ardite las razones de Estado de su severísimo padre y los impertinentes ministros y chambelanes...

Pero al fin, esta terrible oración que él había prefe- rido llamar «insurción», se había impuesto por encima de todo.

Su amante misma, con un espíritu de renunciatón admirable se lo había aconsejado. No, ella no quería crear un conflicto en la Corte de Inmendingen. Ella había amado apasionadamente a su príncipe, sabiendo que su amor era un sueño irrealizable.

Luego, la despedida, el adiós definitivo, tan admi- rablemente plasmado en aquella canción compuesta expre- samente para ella y que era como la historia de sus desgraciados amores. Todavía una vez, una vez más ha- bían escuchado sus oídos la voz adorada. Después, todo había terminado. La Cavalleri había salido para siem- pre de Inmendingen, llevándose lo mejor del alma del príncipe.

Los ojos de Su Alteza Serenísima estaban llenos de lágrimas cuando los abrió de nuevo para fijarlos en la cantante, cuya voz le había traído el recuerdo de la otra, la única la mujer por excelencia, cuyo recuerdo guardaba herméticamente en su corazón. Ahora su parecido con ella resaltaba aun más. ¿Estaría soñando, estaría siendo víctima de una alucinación provocada por los recuerdos? Pero es que no era solamente la misma voz, sino también los mismos ojos, bellos y melancólicos, la misma boca, el mismo óvalo delicado de su rostro. Miraba a Cristina como obsesionado, sin acertar a separar sus ojos de los de ella, que, a su vez, lo miraba también fijamente, mientras cantaba, como la otra hiciera veinte años antes, cuando sus miradas se habían encontrado por primera vez en su vida y sus almas se habían comunicado tantas cosas, tantas...

Terminó el concierto y una salva de aplausos coronó la actuación de la cantante. Von Arnegg, el primer ministro, se adelantó hacia ella como hacía siempre con la Pizzelli, para darle la felicitación oficial en nombre del príncipe. Pero esta vez Su Alteza Serenísima quiso ser el primero. Fue él y no von Arnegg quien besó la mano de la Belotti, quien la condujo hacia los demás cortesanos para que recibiera las felicitaciones, quien pronunció las primeras palabras de elogio a su arte.

Pero, ¿qué le sucedía a la artista, que también ella parecía profundamente emocionada? Un velo de tristeza ensombrecía su bellissimo rostro. Las estrofas de la canción la habían conmovido. En unas horas, la Belotti había dejado de ser la joven alegre y despreocupada para convertirse en una mujer. Era por eso por lo que su alma de artista había penetrado tan profundamente en la íntima tristeza que encerraba la canción. No la cautivaban los elogios y los aplausos que oía en torno suyo. Pensaba en Walter, y a pesar suyo, no podía renunciar a quererlo. Desde hacía unas horas, a partir de su entrevista con von Arnegg, una tremenda lucha se estaba librando en su alma, una lucha de la que salía victorioso su amor por Walter, como si el instinto le dijese que no

había ningún crimen en quererlo, que todas aquellas sospechas que había forjado su imaginación no eran ciertas, que podía amarlo libremente, sin avergonzarse, sin hacer ningún esfuerzo para substraerse al atractivo que el joven von Arnegg ejercía sobre ella. ¡Ah! si él hubiese estado en la tesis, ¡con qué emoción habría cantado!

Los cortesanos se apartaron, dejando solos al príncipe y a Cristina. El noble anciano no cesaba de mirarla cada vez con más ansia, como si quisiera penetrar en los más mínimos detalles de aquel rostro joven y bello, tan parecido a otro cuyas mejillas había besado tantas veces. Habló con acento suave, casi paternal, y Cristina le escuchó en silencio, con recogimiento, sintiéndose misteriosamente atraída hacia aquel noble anciano, señor de Immendingen.

—He sabido por uno de mis cortesanos que es habéis enamorado de uno de los jóvenes a quien yo aprecio mucho. He sabido también el desagradable incidente de que habéis sido víctima por el exceso de celo del padre de Walter. No bajéis los ojos. Dejad que me mire en ellos, porque me recuerdan otros ojos muy queridos. Podéis confiaros a este pobre viejo, que está dispuesto a convertirse en vuestro aliado. Yo intercederé cerca de von Arnegg, para que consienta este matrimonio. No quiero que la historia se repita.

—Alteza, vuestra bondad me conmueve profundamente, pero os ruego no le digáis nada a von Arnegg. Mañana por la mañana saldré de Immendingen para no volver más. Había venido aquí en busca de mi padre y eternos haberlo encontrado.

—¿Qué queréis decir con esto?

—Alteza, es la mía una historia un poco triste. Mi madre era una cantante como yo, que hace muchos años vino a este país para tomar parte en un concierto. Se enamoró, al parecer, de un hombre de alto rango de la Corte, y...

—¿Como se llamaba vuestra madre?

—Lina Cavalleri.

—¡Lina Cavalleri! —repitió el príncipe, como un eco

—Yo soy el fruto de sus amores, y, por lo que he podido adivinar, von Arnegg...

—¿Temes, acaso, que von Arnegg sea tu padre?

—Sí —murmuró Cristina, bajando los ojos.

Los labios del príncipe se plegaron en una sonrisa bondadosa, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Contempló a la adorable mujercita que tenía delante de él y reconstruyó en su imaginación la figura de la Cavalleri. ¡Era su hija, su hija, el delicado fruto de sus amores prohibidos! Sus labios balbucearon el nombre de Lina, y la joven, que le observaba atentamente, empezó a comprender. Instintivamente se acercó al príncipe. Padre e hija se miraron en silencio, y sus ojos se dijeron todo lo que no podían decirse sus labios.

La voz serena del príncipe se dejó oír, al fin, rompiendo aquel silencio embelezado.

—Hija mía, por la sagrada memoria de tu madre, te digo que puedes amar libremente a Walter von Arnegg. Tu padre bendecirá tus amores y no permitirá que la desgracia se cierna sobre el cielo de tu felicidad. Ve, corre al encuentro de Walter, sea tu llanto, domina tu emoción. Nos veremos más tarde y nos diremos todo lo que en estos momentos no podemos decirnos...

Y así fué como la adorable Cristina encontró en Immendingen al padre que reclamaba su corazón y el enamorado que necesitaba su juventud triunfante.

PIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
* — 4. *La vida de la Bohemia*, por Marta Eggerth y Jan Kiepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a vernos*, por Margaret Sullivan.
* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
* — 8. *La tumba india*, por La Jana.
* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y Jane Martel.
* — 12. *La marca de Cain*, por Nosh-Beery (hijo) y Jean Rogers.
* — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
* — 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
* — 15. *El Capitán Costab*, por Olga Tschechowa y Karl Dietl.
* — 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
* — 17. *Belle en el Metrópol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
* — 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
* — 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
* — 20. *Extremis*, por Buck Jones.
* — 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
* — 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
* — 23. *Caballería ligera*, por Marika Rokk y Fritz Kammer.
* — 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
* — 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
* — 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
* — 27. *Creador de la Raza*, por Rudolph Forster.
* — 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
* — 29. *La que apostó su amor*, por Betty Davis y George Brent.
* — 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Anna Hoff.
* — 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Leslie Ardwick.
* — 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
* — 33. *Oriento contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
* — 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
* — 35. *Vals Real*, por Will Forst y Heidi Finkenzeller.
* — 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
* — 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
* — 38. *La Voz Seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
* — 39. *Rosalie*, por Flenzy Powell y Nelson Eddy.
* — 40. *La vuelta al hogar*, por Sarah Leander.
* — 41. *Quejas y Besos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
* — 42. *La hija de Drácula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
* — 43. *El beso revelador*, por Warren William y Gail Patrick.
* — 44. *El ocaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
* — 45. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shonker.

* Agotadas.

En preparación

AGUILAS HEROICAS, interpretada por
JAMES CAGNEY, PAT O'BRIEN y JUNE TRAVIS

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA

